

El papel de los ejércitos en América Latina

Eduardo Martínez

Profesor de I. E. S. y miembro del Instituto E. Mounier

Sobre la esencia de los ejércitos

Si se trata de escribir sobre la función que tienen los ejércitos en este final de siglo xx, lo primero que uno encuentra en la conciencia colectiva es un antiguo y casi impermeable *encubrimiento*. El origen de este ocultamiento de la realidad es antiguo aunque no demasiado sofisticado. Desde antiguo es la funesta idea de nación, entendida como patria imperialista y excluyente, la que legitima la existencia del ejército consiguiendo, incluso, que las masas se embarquen en las aventuras bélicas con un fervor casi religioso. Cuando la «patria» no es capaz de ofender a ninguna otra se vende la idea del enemigo exterior acechante para justificar, defensivamente, la presencia militar. Es ésta la que llamaremos función *ad extra* de los ejércitos.

Hoy no se deja de utilizar este modo de justificación de los conflictos bélicos y de sus agentes materiales (los ejércitos), sobre todo en el Sur empobrecido; pero se han conseguido forjar otros modos. Actualmente, es muy normal que las naciones del Norte desarrollado justifiquen la existencia de los ejércitos presentándolos como elementos que colaboran en acciones «humanitarias» al lado de instituciones pretendidamente neutrales, como la Organización de las Naciones Unidas (O.N.U.). Así se dotan de autoridad acciones imperialistas como los bombardeos de Irak, el parón de una revolución popular en Albania, o las ayudas a las facciones en lucha en África por intereses geopolíticos. Un mero cam-

bio en el color de los uniformes, de los cascos (*cascos azules* se suelen llamar a las fuerzas que los ejércitos nacionales ceden a la O.N.U.) mimetizan la verdadera naturaleza de muchas de estas acciones.

Curiosamente, en los discursos que tratan de dar razón de la existencia de los ejércitos rara vez está presente algún elemento que se refiera a alguna funcionalidad interior (*ad intra*) de las fuerzas armadas. Sin embargo, es éste el papel que más veces han ejercido las fuerzas armadas, bien en la forma explícita del pronunciamiento militar, bien en la forma implícita que supone asumir el rol de garante del orden establecido.

El papel representado por los ejércitos en la historia de Latinoamérica

No se puede entender el papel de los ejércitos en el drama latinoamericano sin atender al protagonismo entre bastidores de los Estados Unidos de América (U.S.A.). Los factores protagónicos de la administración estadounidense en este asunto han sido la Agencia Central de Inteligencia (C.I.A.) y el Pentágono (alto mando militar). De ambos dependió la creación de la *Escuela de las Américas*, una institución que durante decenios ha «formado» a las elites militares de toda Latinoamérica. La «forma» de la que se dotaba a los profesionales militares licenciados en tal escuela se refería a asignaturas tales como contra-subversión, antiterrorismo en ámbitos rurales,

interrogatorios, psicología (sobre todo técnicas de modificación de conducta), adiestramiento ideológico de la tropa, etc.

El Washington Post denunció en 1990 el funcionamiento anticonstitucional de esta escuela, ya que en el currículo de estudios se mostraba un absoluto desprecio por los derechos y dignidad del ser humano. En el reportaje de este periódico se señalaba que tal formación militar, sin el contrapeso de marcos constitucionales respetuosos con los derechos humanos, derivaría necesariamente en una serie de sangrientas masacres.

Antiguos alumnos de esta infame escuela son los asesinos de Ignacio Ellacuría y los demás jesuitas en El Salvador (batallón Atlacatl), Noriega (Panamá), y los torturadores de Chile, Uruguay, Guatemala, Argentina, entre otros.

Desde que España perdió sus últimas colonias en el continente americano Estados Unidos entendió que toda América del Sur era un área de interés preferente, donde debía imponer su soberanía a cualquier precio. Desde entonces se trata de materializar la doctrina Monroe: «América para los americanos», entendiendo por tales, de modo exclusivo, a los que viven al norte del Río Grande. Es evidente que Estados Unidos somete el mundo a un control como no se ha conocido en la historia de la humanidad, pero dicho dominio se ha concentrado de manera especial en el «patio trasero» que para USA es Latinoamérica.

Casos concretos

Vamos a traer a colación dos casos muy conocidos por la opinión pública, aunque en este conocimiento haya mucho de encubrimiento. Son dos pueblos cuya historia ha sido marcada irreversiblemente por el papel que en ella han tenido las fuerzas armadas. Nos referimos a Chile y Guatemala, los dos de actualidad por las repercusiones que aún sufren como consecuencia de las dictaduras militares que las gobernaron durante decenios. Las hemos escogido entre las muchas posibles por su diverso y representativo recorrido histórico. Mientras una posee lo que se suele llamar una abundante tradición democrática, la otra ha sufrido un constante dominio militar. De cualquier forma, el papel de las fuerzas armadas en ambos ha sido igualmente funesto.

Sobre este punto es curioso observar las regularidades temporales en cuanto a las formas de ordenamiento político de los países de Latinoamérica. En los años sesenta y setenta comienzan a imponerse regímenes dictatoriales, mientras que en nuestros días asistimos a una *primavera democrática* en esta zona del planeta. Quizá no esté de más señalar fenómenos que pueden tener alguna conexión con el cambio de moda política antes mencionado: mientras que el bloque comunista conservaba su vigor era imprescindible frenar su avance allá donde los pueblos parecían aceptar este modelo; ahora que ya no existe el «peligro rojo», el control geopolítico que detenta el gobierno de U.S.A. puede relajarse y permitir el regreso de estos países a la democracia formal (enfática en cuanto a la libertad del individuo y raquílica en la defensa de la justicia distributiva entre los miembros de la sociedad).

Guatemala, el primero de nuestros casos concretos, ha estado gobernada por manos militares prácticamente desde comienzos de su historia. Desde la independencia, y por el mismo carácter bélico de la misma, se colocan en la jefatura del estado «militares» «criollos». Ninguno de los dos factores es despreciable como podremos observar. Desde entonces, el protagonismo político de las fuerzas armadas es una constante en la historia guatemalteca. Atendamos a varios sucesos históricos representativos de la influencia militar, tanto autóctona como extranjera, en este país:

El general Jorge Ubico Castañeda fue nombrado presidente en febrero de 1931; bajo su régimen, la economía guatemalteca logró recuperarse de la depresión económica de 1930, aunque la principal beneficiaria fue la estadounidense United Fruit Company, así como las familias de la oligarquía nacional...

Uno de los pocos paréntesis civiles y democráticos de Guatemala lo protagonizó, a partir de diciembre de 1944, el educador guatemalteco Juan José Arévalo, elegido presidente con el apoyo de los partidos Renovación Nacional y Frente de Liberación Popular; se promulgó una nueva Constitución en marzo y se pusieron en marcha reformas internas. Pequeños levantamientos derechistas, con el apoyo militar, ocurrieron durante la primera mitad de 1949, pero el principal suceso político del año fue el apoyo que el gobierno prestó a los trabajadores de la

United Fruit Company, en sus reivindicaciones, ante lo que la compañía estadounidense tuvo que ceder. Un precedente que empezaría a decantar el apoyo estadounidense hacia los sectores políticos más reaccionarios.

Aunque Arévalo sufrió más de veinte intentos de derrocamiento (...), desempeñó su periodo presidencial. En noviembre de 1950, apoyado por una coalición de partidos de izquierda, el candidato presidencial Jacobo Arbenz Guzmán, obtiene la victoria. Arbenz continuó de manera general con la moderada política interior de su predecesor, pero durante 1952 el gobierno se inclinó de manera resuelta hacia la izquierda. En junio el Congreso Nacional aprobó una ley de reforma agraria que establecía el reparto de fincas no cultivadas de más de 91 hectáreas a trabajadores sin tierra, lo cual afectaba a la United Fruit Company que poseía unas 200.000 ha. sin cultivar; también se llevó adelante un programa de construcción de carreteras y ferrocarriles que rompía el monopolio que en este sector tenían compañías filiales de la United Fruit Company. El programa de reforma agraria comenzó en febrero de 1953, y poco después el gobierno aprobó la expropiación de 91.000 hectáreas de terrenos de la compañía United Fruit en la costa oeste. A mediados de junio se vieron afectadas 121.460 ha. de propiedades privadas que recibieron como indemnización bonos emitidos por el gobierno no negociables; además, 162.000 ha de terrenos pertenecientes al gobierno habían sido distribuidas a trabajadores sin tierra.

Desde 1954 la oposición al régimen de Arbenz fue fomentada tanto en el interior como fuera del país, calificándolo muchas veces de comunista. En la X Conferencia Interamericana, llevada a cabo en marzo de ese año, Estados Unidos consiguió la aprobación de una resolución anticomunista que condenaba implícitamente al gobierno de Guatemala.

...El 18 de junio de 1954 un denominado «Ejército de liberación» formado por políticos exiliados, entrenados y apoyados por Estados Unidos y dirigido por el coronel Carlos Castillo Armas, invadió Guatemala desde Honduras. La reforma agraria y otros proyectos del gobierno anterior se paralizaron de forma inmediata...

...En marzo de 1963, el coronel Enrique Peñaralta Azurdía proclamó el estado de emergencia y canceló las elecciones que se debían celebrar en

diciembre. También tomó medidas enérgicas para sofocar una revuelta guerrillera de carácter agrarista e indigenista protagonizada por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que era especialmente activa en el área de Zapaca; a pesar de la dura represión, no acabaron con las guerrillas...

...La actividad de los grupos paramilitares que, autorizados por el ejército, mataron a cientos de personas durante este periodo sólo exacerbó la situación. Entre 1970 y 1974 la violencia política continuó siendo aplicada desde el poder estatal, sobre todo, contra los grupos de izquierda y los colectivos agrarios e indígenas. Fue éste el comienzo del genocidio que el pueblo guatemalteco aún no ha dejado de padecer...

...El 23 de marzo de 1982 un golpe de Estado instaló en el poder a una Junta Militar de tres miembros encabezada por el general Efraín Ríos Montt. En junio, Ríos Montt disolvió la Junta y asumió la presidencia, gobernando de forma dictatorial. Las actividades antiguerrilla por parte del Ejército y de los «Escuadrones de la Muerte» se extendieron por todo el país generalizando el exterminio de indígenas y campesinos...

Los resultados de las elecciones de diciembre de 1985 convirtieron al demócrata cristiano Marco Vinicio Cerezo Arévalo en el primer presidente civil de Guatemala en 15 años. Cerezo comenzó el diálogo con la guerrilla con la que se alcanzaron acuerdos en Oslo y en El Escorial (Madrid).

...En mayo de 1993 el presidente Serrano, respaldado por el Ejército, dio un golpe de Estado que supuso la disolución del Congreso Nacional. Pero lo que le falló a Serrano fue el sentido de la oportunidad histórica: desaparecido el peligro comunista ya no eran necesarias determinadas formas de dominio. El ejército, al no contar con el apoyo que había garantizado el éxito a casi todos los pronunciamientos militares de Latinoamérica —el de los U.S.A.— dio marcha atrás y permitió que se eligiera un presidente civil: Ramiro de León Carpio, quien se había destacado por sus denuncias de la violencia institucional, y que impulsó varias reformas constitucionales que limitaban el mandato presidencial a cuatro años, estableció negociaciones con la guerrilla de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y apoyó la creación de una comisión para delimitar responsabi-



© Gonzalo Martín

lidades sobre la violencia institucional, que había provocado en las tres últimas décadas más de 100.000 muertos y unos 50.000 desaparecidos. Uno de los últimos mártires del esfuerzo por asentar la reconciliación nacional sobre la justicia ha sido Monseñor Girardi, muerto a manos de militares como represalia por haber presentado un informe en el que se responsabiliza al ejército guatemalteco de genocidio y otros delitos contra la humanidad.

El caso de **Chile** presenta ostensibles diferencias con el caso guatemalteco. Desde el principio de su andadura independiente Chile se ha caracterizado por los intentos de institucionalización de la convivencia (constituciones de 1823 y 1828) y por haber conseguido que el gobierno recayera en el sector civil de la sociedad durante periodos de tiempo más prolongados. Por otra parte, la disimilitud entre Chile y Guatemala es de carácter étnico: mientras el país de los mayas conserva un alto porcentaje de etnias nativas (sobre todo en el ámbito rural), Chile (la antigua tierra de los araucanos) es uno de los estados con menor presencia indígena y menor mestizaje. Esto se debe al exterminio que padecieron tanto incas como araucanos precisamente por su rebeldía ante el yugo de la conquista española, continuándose el proceso en el Chile independiente y criollo. Estos datos son importantes porque eliminan el factor étnico (tan importante en el ca-

so guatemalteco) de la lucha política del país, aislando el factor económico. Veamos también en este caso un hecho histórico significativo para el tema que nos ocupa:

Al aproximarse las elecciones presidenciales de 1970, la oposición de izquierda se coaligó en la Unidad Popular. Nombró candidato a Salvador Allende Gossens. Allende se convirtió en el primer presidente elegido con un programa socialista en un país no comunista de Occidente. Es vital insistir en el carácter socialista, no comunista de las reformas pretendidas por Allende (el programa comunista era defendido por el candidato del partido comunista chileno: Pablo Neruda), es decir, el deseo hasta el final de atenerse a las reglas democráticas (oposición a la toma del poder absoluto o la dictadura del proletariado), pero, eso sí, con una clara directriz: la justicia social.

Una vez asumido el cargo, Allende comenzó rápidamente a cumplir sus promesas electorales, orientando al país hacia el socialismo. Se instituyó el control estatal de la economía, se nacionalizaron los recursos mineros, los bancos extranjeros y las empresas monopolistas, y se aceleró la reforma agraria. Además, Allende lanzó un plan de redistribución de ingresos, aumentó los salarios e impuso un control sobre los precios. La oposición a su programa político fue absoluta tanto desde dentro como desde fuera del país. La fuerzas reaccionarias del interior se encarga-

ron de fomentar todo tipo de prácticas para sabotear la labor gubernamental y convencer al pueblo de que era ineficaz y pernicioso: mercado negro y especulación de las mercancías, «huelgas» de empresarios que paraban la producción pero que eran desautorizadas por los propios trabajadores, violencia callejera a cargo de grupos neonazis como Patria y Libertad, soborno de sectores proletarios, etc.

En lo referente a la presión exterior, la injerencia de Estados Unidos fue determinante para la desacreditación del gobierno Allende. U.S.A. colaboró activamente en desgastar al régimen de Allende influyendo para conseguir la denegación de prestamos internacionales; asesoró militarmente a los militares golpistas y a los grupos como Patria y Libertad, encargados éstos de crear una atmósfera de caos social, y aquéllos de imponer la «solución total» del golpe y la dictadura; pagó a los obreros, esquirols favorables a las huelgas empresariales, un sueldo pagado directamente por la C.I.A. a cambio de su oposición al gobierno de Allende. Esto demuestra el dominio geopolítico al que sometía U.S.A. a toda Latinoamérica, y los instrumentos a los que era capaz de recurrir para que el mismo no se viera aminorado.

...El 11 de septiembre de 1973 los militares tomaron el poder, pereciendo Allende en la defensa del palacio presidencial. Se estableció una Junta Militar encabezada por el general Augusto Pinochet Ugarte que suspendió inmediatamente la Constitución, disolvió el Congreso, impuso una estricta censura y prohibió todos los partidos políticos. Asimismo, lanzó una sistemática campaña represiva contra los elementos izquierdistas del país: miles de personas fueron arrestadas, y centenares de ellas ejecutadas o torturadas; muchos chilenos se exiliaron, mientras que otros pasaron largos años en prisión o simplemente «desaparecieron». Chile, tras cuarenta años de transiciones democráticas entre gobiernos, se convirtió en un Estado policial. También evolucionan de esta forma países vecinos como Uruguay y Argentina, los cuales conformaron con Chile un frente de persecución y exterminio de los disidentes políticos de izquierda llamado «Operación Cóndor»...

...En el ámbito económico, el gobierno de Pinochet, basado en una política de concesiones a los capitalistas tanto nacionales como extranjeros, en una política de austeridad que castigó a

los sectores más débiles del país (los que más apoyaron a Allende), y también, no hay que olvidar, en una eliminación de los derechos de los trabajadores (huelga, asociación, etc.) provocó una mejora efímera en las cifras macroeconómicas del país, ya que la caída del precio del cobre en los mercados internacionales (años ochenta) volvería a hacer entrar en crisis a la economía chilena...

Hoy es presidente de Chile el demócrata cristiano Eduardo Frei Ruiz-Tagle, mientras Augusto Pinochet se mantiene como senador vitalicio, un verdadero blindaje frente a posibles enjuiciamientos debidos a los crímenes contra la humanidad cometidos por su régimen. Pinochet hubiera deseado morir al frente del país que conquistó militarmente, pero los tiempos han cambiado y con ellos las formas admisibles de dominio, aunque de ningún modo sus agentes.

Conclusión

Ver para creer, afirma el refranero popular. Sólo hace falta un breve pero crítico paseo histórico para percatarse de la verdadera naturaleza y de la función predominante de las fuerzas armadas en Latinoamérica a lo largo de su historia, que en lo esencial no difiere del análisis general que presentábamos al inicio de estas líneas.

El papel de los ejércitos en Latinoamérica ha sido —y debe ser necesariamente conforme a su esencia— el de *perros de presa* garantes de un *status quo*, de un «desorden establecido» como diría Mounier, en lo referente al ámbito político (democracias formales como invención y dominio natural de la burguesía) y en lo tocante al ámbito económico (capitalismo / neoliberalismo económico). Ellos y sus *amos* nunca han tenido en cuenta la dignidad de la persona o de los pueblos a la hora de defender sus intereses. El fin del control social en aras de preservar la propiedad justifica los medios. Y, ya se sabe, la ignorancia histórica se paga con el padecimiento repetido de la masacre. Videla, Pinochet, Ströessner, son tan sólo las manifestaciones más trágicas y evidentes del sistema hoy dominante. Existen formas de control más sutiles. Para el siguiente *Führer* sólo nos falta un momento histórico adecuado: crisis económica, descomposición política, tal vez la secesión de una parte del país del que se sienten custodios...